

los cuales hizo heroica resistencia. Sin encontrar ninguna, entró Gutierrez pocos dias despues en Pachuca y en Tulanzingo, donde se hizo de recursos, y engrosó su guerrilla con la gente que le siguió de aquellos pueblos y de otros de los Llanos de Apan. La misma actividad se notó en los pronunciados de todas partes, conociéndose claramente que aquello era el resultado de una vasta combinacion que habian organizado los enemigos del gobierno para atacarle á un tiempo mismo por diferentes puntos, cuando tenia repartidas sus fuerzas en el Norte contra Vidaurri, en el Sur contra los Vicarios, y en el centro contra las pequeñas guerrillas que como por encanto habian aparecido en todas direcciones. Y para que no quedára duda de que era un plan bien urdido el que movia toda aquella máquina de sublevaciones y pronunciamientos, la ciudad de Puebla amaneció el 20 de Octubre en poder de los rebeldes, presas sus autoridades, y pronunciadas contra el gobierno casi todas las tropas que la guarnecian.

CAPITULO SESTO.

Segunda reaccion de Puebla.—Orihuela y Miramon.—El general García Conde.—Su prision y su libertad.—Pormenores de la conspiracion.—Crítica situacion del gobierno.—Falta de recursos.—Actividad del Presidente.—Sitio de Puebla.—Planes de la reaccion.—Notable comunicacion de Lafragua.—Impresion que causó.—Arreglo de la cuestion inglesa.—Sacrificio necesario.—Arreglo de la cuestion de Coahuila.—Convenio con Vidaurri.—Prestigio del Presidente.—Regresan las tropas á San Luis.—Continúa el sitio de Puebla.—Horrores de la lucha.—Abuso de la religion.—Dos pastorales.—Situacion de los sitiados á fines de Noviembre.—Aparece Osollo en los Llanos de Apan.—Sus cualidades.—Muévase sobre Puebla.—Peligrosa situacion del gobierno.—Estado de sus tropas.—Orden para tomar la ciudad.—Orihuela y Miramon se ocultan.—Capitulacion.—Los sitiadores ocupan la plaza.—Efecto que produjo este acontecimiento.—Disgusto del congreso contra la capitulacion.—Rumores sobre ella.—Es violada por muchos de los sitiados.—Bando del general Moreno con este motivo.—Salen tropas en persecucion de Osollo.—Prision y muerte de Orihuela.—Impresion que hizo en Comonfort.—Lo que dice él mismo sobre esto.—Víctimas de la reaccion.—Ataca Vicario á Cuernavaca, y es rechazado.—Osollo sobre Orizaba y Córdoba.—Derrota de Coscomatepec.—Ultima dispersion de los rebeldes.—Prision de Gutierrez.—Pronunciamiento de San Luis.—Nuevas dificultades.—Asesinatos de San Vicente.—Medidas del gobierno.—Consternacion en el Sur.—La oposicion revolucionaria en el congreso.—Renuncia de Lerdo.—Rumores sobre golpe de Estado.—Comonfort en medio de las facciones.

El caudillo de la segunda reaccion de Puebla fué el coronel D. Joaquin Orihuela, con quien habian podido

más las seducciones de la reaccion, que los propósitos de vivir en paz, manifestados poco tiempo antes al Presidente de la República. Era su segundo el coronel D. Miguel Miramon, que tambien habia tomado parte en la primera reaccion de aquella ciudad, y habia vivido oculto despues de la capitulacion sin tomar parte en ella; jóven de extraordinario arrojo y de grandes esperanzas, que ya era desde entonces uno de los enemigos mas temibles que tenia el gobierno.

Estos dos, dirigidos por los agentes del directorio conservador, y principalmente por el P. Miranda, segun se dijo entonces, dispusieron las cosas de manera que en la noche del 19 al 20 de Octubre se pronunciaron casi todas las tropas de la guarnicion, excepto una pequeña fuerza que se salió de la ciudad y fué á situarse en San Martin con todos los gefes que no quisieron secundar el movimiento.

El dia anterior se habia encargado del mando político y militar de Puebla el general D. José M. García Conde, quien por esta causa no pudo tener indicios de lo que se tramaba. Sorprendido á deshora por un cañonazo, se vistió apresuradamente, ciñóse la espada y se dirigia á la calle para contener el desorden que anunciaba aquel tiro, cuando al descender por las escaleras del Palacio, le salieron al frente los gefes del pronunciamiento, y le intimaron que se diera á prision. Tuvo que ceder ante la fuer-

za de un hecho consumado que hacia imposible toda resistencia, y amaneció preso en poder de los pronunciados.

El general García Conde habia sido enviado á Puebla para reemplazar con un gobierno suave y paternal al gobierno del general Traconis, de cuya escesiva rigidez se quejaban muchos, atribuyendole gran parte del descontento que reinaba en la ciudad contra el órden de cosas establecido. El Presidente habia escuchado estas quejas, y habia creido que en el caso de que tuvieran fundamento, ninguna persona era mas apropiado para acallarlas, que el general García Conde, por encontrarse reunidas en él, con la firmeza y lealtad de principios, la bondad de carácter, la prudencia y la moderacion que requerian las delicadas circunstancias de aquel Estado en la persona que le gobernára. Por esta razon habia admitido la renuncia del gobierno y comandancia general del Estado, hecha algunos dias antes por Traconis, proponiéndose utilizar sus servicios en otra parte.

Cuando estalló el pronunciamiento, hallábase todavia en la ciudad este general, aunque preparado para salir aquella madrugada en la diligencia para Méjico. En cuanto á García Conde, los pronunciados le dejaron libre aquel mismo dia en virtud de un convenio verbal hecho con la tropa que guarnecia á Santo Domingo, y llegó á la capital dos dias despues.

El cuerpo de tropa que sirvió principalmente de instru-

mento á los rebeldes, fué una parte del segundo batallon de linea, que estaba de guarnicion en la plaza, y que mandaba el coronel D. José Barreiro, bien que segun este manifestó despues, aquellos soldados no fueron seducidos para rebelarse contra el gobierno, sino engañados por los autores de la conspiracion. Los pormenores de ella estan relatados con sencillez y con verdad en una comunicacion del mismo coronel Barreiro, que se portó aquella noche como militar pundonoroso, y que despues prestó al gobierno importantes servicios durante el asedio de la plaza. Dice así este gefe:

“El capitan de este cuerpo D. Leonides de Campos que de antemano estaba de acuerdo con los conspiradores, ocurrió al principal situado en el palacio, á la una de la noche, con D. Miguel Miramon y D. Francisco Velez, presentándose al oficial que lo mandaba, subteniente D. Donaciano Martinez, manifestándole que de órden del señor comandante general debia recibir presos á aquellos individuos. El oficial creyó el stratagemas, y condujo al espresado Miramon á las piezas de los altos del mencionado palacio, en donde Miramon sorprendiéndolo con una pistola al pecho, le hizo entregar el santo. Entretanto, Campos, que habia quedado abajo, puso sobre las armas la tropa de la guardia que era de su compañía, y se hace de ella haciéndola creer que obraban por órden de la autoridad legítima. Realizado este primer paso, á una señal dada concurren á aquel paraje todos los conjurados, oficiales reaccionarios en su mayor parte, en número con-

siderable, y que se hallaban ocultos á las inmediaciones de la guardia, y entonces la tropa obra maquinalmente en sentido de la revolucion, obligada por la presion moral mas bien que física de aquella sorpresa, ejecutada con el engaño y falsía que queda detallado.

“En aquellos momentos los jefes de dia que lo eran el Sr. coronel D. Pascual Miranda y D. N. Yarza, no estaban en aquel puesto; siendo de advertir que estaba prevenido que precisamente uno estuviese allí.

“Despues de esto, Campos y Miramon con una parte de la tropa que habian sorprendido en el principal, se dirigen al cuartel de artillería, situado en el edificio de la Alhóndiga, á una cuadra de palacio. El oficial de la guardia estaba de acuerdo, y dió entrada á los conspiradores. Estos hacen preso sorprendiéndole en su habitacion al comandante de dicha artillería D. Juan Garcia, y se apoderan de los cañones, parque y trenes todos de la plaza que allí estaban depositados.

“Conducen las piezas á la plaza; se apoderan de las boca-calles, y poniendo en bateria las espresadas piezas instantáneamente, crece el número de hombres del pueblo y demas personas alistadas para la revolucion.

“En la fortaleza de Loreto, artillada y con una guarnicion de 70 á 80 hombres del batallon de Zapadores Bomberos, la escena habia sido de otro modo. El sar-

gento de aquel destacamento y parte de la tropa, seducidos, desconocieron al comandante del punto, entregándolo á D. Joaquín Orihuela, director del movimiento; verificado lo cual, disparó un cañonazo en señal de inteligencia.

“Eran las cuatro de la mañana en aquel momento, que habia ido á mi alojamiento para de allí ir á acompañar hasta la garita al Sr. general Traconis, que en aquella hora salia para la capital; al sonido de aquel cañonazo ocurrió al principal, acompañado del teniente coronel D. Miguel Lara, para inquirir la novedad que ocurría; pero en la esquina de la plaza soy sorprendido por los revolucionarios, y conducido á prision.

“En ella se me exigió por el gefe de aquella una orden para que se rindiese el resto de la tropa que quedaba en Santo Domingo, que me rehusé á dar, como era debido, sin embargo de los amagos que se me hicieron de fusilarme; y antes bien, comuniqué al teniente coronel del cuerpo, D. Gerónimo Diaz Quijano, desde la prision, y por conducto de mi mozo, la orden para que se sostuviese á todo trance.

“Los regimientos de caballería 2º permanente y Lanceros de Méjico, que habian notado el movimiento de la plaza, la grande reunion de los pronunciados, la prision del señor comandante general, D. José García Conde, la marcha del Sr. general Traconis para la capital, todo esto acaecido instantáneamente y con la confusion que es

natural en estos casos, salieron de sus cuarteles, situándose en la garita para evitarse el peligro de la seduccion; y así es que ya no fué posible ninguna combinacion para sofocar el movimiento revolucionario.

“Con esto el teniente coronel Quijano, con su corta fuerza, sin parque de reserva, ni víveres, en el interior de aquel edificio, aislado y sin obras de defensa preparadas de antemano, amagado además con tres piezas de artillería que le situaron ventajosamente los sublevados, apenas pudo mantener la bandera del gobierno en aquel punto hasta las cuatro de la tarde.

“Entonces admitió un parlamento, conviniendo con D. Luciano Prieto, comisionado por el gefe de la revolucion, en que seria rendido el punto y se pondria aquella tropa á disposicion de él, para que tomase partido si era de su voluntad, bajo la condicion de que serian puestos en libertad el señor comandante general, el que suscribe y demas gefes y oficiales que habian sido reducidos á prision sorprendidos. Este convenio fué ratificado; y aunque no fué consignado por escrito, fué organizado ante diferentes testigos que lo legalizaron con su presencia.

“En virtud de este arreglo, fué conducida frente al palacio por el mayor del cuerpo D. Camilo Granados, la tropa que estaba en el espresado punto de Santo Domingo, en donde se reunió el resto del cuerpo que se hallaba

en las demas guardias de la plaza, sorprendidas y engañadas de la misma manera que la del principal.

“Entonces D. Miguel Miramon les arengó; pero el cuerpo de sargentos, que en lo general no estaban de antemano minados, representaron que no podian tomar parte si el que suscribe no estaba á la cabeza del cuerpo.

“Vista esta resistencia por D. Joaquin Orihuela, gefe de la revolucion, hizo conducir á su presencia en el mismo salon de palacio al espresado cuerpo de sargentos, que condujo personalmente el citado mayor Granados.

“El Sr. Orihuela los amonestó para que entrasen en las miras de la revolucion, pero los sargentos insistieron en su peticion. Entonces el Sr. Orihuela me hizo conducir á su presencia, y me manifestó la pretension de los sargentos, el ofrecimiento del mando del cuerpo y todas las ventajas que me proponia de la revolucion. Yo rehusé como era debido á aquellas propuestas, manifestándole delante de los citados sargentos y de un concurso numeroso allí reunido, los juramentos y los deberes que me ligaban con el gobierno y con la nacion, con lo cual se me volvió á mi prision.

“Los sargentos, sin embargo, aceptaron aquella situacion, y toda aquella parte del cuerpo quedó definitivamente en el bando revolucionario.”

El pronunciamiento de Puebla era un contratiempo terrible, que iba á complicar espantosamente las dificultades de la situacion en que el gobierno se encontraba. Sus mejores tropas estaban en el Norte, ú ocupadas en perseguir á las guerrillas que pululaban por todas partes: el mismo dia del pronunciamiento entraban Gutierrez y Cobos en Pachuca: Mejía estaba apoderado de Querétaro: las conspiraciones en la capital seguian tramándose con la misma obstinacion que siempre: y á todo esto se agregaba la dificultad mas grave con que han luchado en todas épocas los gobiernos de Méjico, y que fué la carencia del de Comonfort, la falta de recursos: el erario estaba exhausto, y parecia imposible encontrar, aunque se hicieran grandes sacrificios, los cuantiosos fondos que exigía aquella guerra.

Sin embargo, todas estas dificultades fueron vencidas por el Presidente con una fortuna digna de la actividad y de la energía que desplegó en presencia de tantos peligros. En cuanto supo lo acontecido en Puebla, reunió á los gefes militares, á los diputados, á las personas mas notables de la ciudad; escitó á todos á que sostuvieran la causa del gobierno; reunió tropas, armó la guardia nacional, encontró recursos: y tres dias despues del pronunciamiento, ya estaban en marcha contra los rebeldes tres mil hombres de todas armas con treinta piezas de artillería, y con las municiones necesarias para la campaña.

Al principio pensó Comonfort en ponerse él mismo á

la cabeza de las tropas, como lo habia hecho en Marzo; pero despues reflexionó que su presencia en la capital era indispensable, porque allí estaba el foco de todas las conspiraciones, y porque desde ella podia atender mejor á los peligros que por todas partes amenazaban, al mismo tiempo que cuidaria de que no faltáran los recursos á las fuerzas que operaban contra los rebeldes. Nombró pues general en jefe del cuerpo de operaciones sobre Puebla al general D. Tomas Moreno, y le dió por compañeros á otros generales de fama, entre los cuales se distinguió por su valor y por sus conocimientos D. José María Gonzalez de Mendoza.

Estas fuerzas pusieron sitio á Puebla, donde sellegaron á reunir contra el gobierno unos dos mil hombres armados; pero el gobierno logró desbaratar todos los planes fraguados para favorecer aquella sublevacion; y los sitiados se quedaron solos dentro de la ciudad, sin que nadie fuera en su auxilio, como se lo habia hecho creer el directorio de Méjico. Los agentes de este trabajaban con actividad prodigiosa; mas no pudieron impedir que Mejía abandonára á Querétaro el 21, dirigiéndose con su gente hácia la Sierra, para donde marchó en su persecucion D. Manuel Doblado, gobernador de Guanajuato, con fuerzas competentes. Pocos dias despues el general Morett hizo prisioneros á cuatrocientos soldados que se habian pronunciado en Matamoros de Izucar, y que iban á reunirse á los de Puebla. Y en fin, el gobierno y las autoridades consiguieron sofocar á tiempo las tentativas de rebelion

que se hicieron en aquellos dias, en la capital, Guanajuato, San Luis, Zacatecas y otros puntos menos importantes de la República; de manera que á principios de Noviembre habian desaparecido ya las alarmas escitadas por los golpes felices que habia dado la reaccion; y eso que para aumentar los conflictos del gobierno, se habia pronunciado en Tampico el 30 de Octubre D. Eulogio Gauthier Valdomar desconociendo al gobernador del Estado D. Juan José de la Garza, mientras este se hallaba ocupado en la campaña de Nuevo Leon contra Vidaurri.

La revolucion no era popular, y se reconoció esto en que no pudieron generalizarla los esfuerzos de sus agentes ni la fortuna con que habia logrado apoderarse de Querétaro y de Puebla. Debió contribuir á ello la circunstancia de que no tenia un plan fijo á cuya sombra trabajáran todos los descontentos. Las guerrillas del Sur y Mejía proclamaban el de Castrejon; Orihuela y sus compañeros habian levantado otro al pronunciarse, escluyendo al general Vega; y pocos dias despues se encontró otro distinto en poder de unos conspiradores que fueron sorprendidos en Merced de las Huertas, cerca de la capital. Faltaba unidad de pensamiento en la reaccion, y sus hombres estaban profundamente divididos, segun las afecciones y los intereses que los dominaban, aunque todos venian á unirse en el propósito de derribar al gobierno existente.

Este habló en aquella ocasion al pais con el acento de franqueza y de verdad que acostumbraba en todas las crí-